

DR. CARLOS SPEGAZZINI

En el segundo aniversario de su fallecimiento

En cumplimiento de una resolución del Consejo Académico de esta Facultad, realizóse el 1º de Julio corriente, un homenaje en memoria del que fuera en vida nuestro eximio maestro y compañero de tareas Dr. Carlos Spegazzini.

Dicho homenaje consistió en la colocación de una placa de bronce conmemorativa, en la tumba que guarda los restos del eminente hombre de ciencia y a cuya ceremonia concurrieron las autoridades de la Universidad, profesores, alumnos y representaciones de diversas instituciones científicas y Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

En nombre de los profesores de la Facultad hizo uso de la palabra el Decano Ing. Agr. Alejandro Botto y en representación del Consejo Académico el Prof. Juan B. Marchionatto.

Discurso del Decano de la Facultad Ing. Agr. ALEJANDRO BOTTO

Se ha dicho sentenciosamente, con la autoridad del filósofo, que el olvido, genitor de la ingratitud y el egoísmo, es la regla común de una gran parte de la humanidad.

La Facultad de Agronomía, sin entrar a discutir la infalibilidad de esta regla, quiera evidenciar por lo menos, con este acto, inspirado en un sentimiento de profunda gratitud, para el que fuera en vida el distinguido maestro, que ella no lo olvida, como no puede olvidar a aquellos que con austeridad y acción ejemplar, supieron entregar sus más caras energías para convertirlas en la materia sutil e imponderable de su propio prestigio.

El Dr. Spegazzini, constituye para nosotros, el punto culminante de los valores morales de nuestra Casa, y tanto se ha identificado en él, que diré, hasta oculta sus valores reales, en el aspecto modesto y sencillo que fué su característica.

Pero no he de dirigir mis palabras a aquellos que como yo le conocieron y estimaron con el afecto del amigo, del compañero o del discípulo; a éstos les pido que me perdonen si no he podido o no he sabido diseñar su personalidad, mis palabras van dirigidas a los alumnos, a los estudiantes de esta época, a los que no tuvieron la suerte de contarle entre sus maestros, y, para que al conocerle, a través de mis palabras, se inspiren en este ideal pues sólo al seguir sus huellas, puede decirse, se adquiere personalidad.

La obra intensa de ciencia y enseñanza que ha realizado el Dr. Spegazzini durante más de 40 años de trabajo, es múltiple y variada. El doctor Spegazzini encarnó, a mi modo de ver, un espíritu poco común en nuestra época. Saltaba a la vista la ausencia de todo afán de sobresalir y ambición que caracteriza y malogra a muchos espíritus elegidos. El trabajo, la lucha leal y sobre todo la inflexibilidad de su carácter, en medio de la suavidad y sencillez de sus maneras, para todos y para todas las situaciones, fué su norma de conducta; inspirando siempre la cordialidad más absoluta, como lo saben hacer los hombres superiores, lo que permite afirmar que hasta en esto el Dr. Spegazzini fué un maestro!

Escaló todas las posiciones que ocupara, siguiendo un camino envidiable; lo fué todo: por su saber, por su talento, por su trabajo, por el propio valer de su personalidad.

El Dr. Spegazzini representó el ideal de la expresión docente, por lo que ha constituido, por lo que es y será el anhelo de todas las épocas; un profesor en toda la amplitud del vocablo.

La obra del Dr. Spegazzini fué larga e intensa y ello no sólo durante la función pública en que le tocara actuar, sino que hasta en su retiro, no dejó un instante de trabajar, realizando, al igual que el viejo y sabio maestro inglés Woeleker, la tarea postrera de sus días, usando sus «arreos» antes que entregarse a una lamentable ociosidad!

Su obra la comienza a su llegada al país, más o menos en el año 1880, en que ocupa en la Universidad de Buenos Aires, el cargo de ayudante preparador de Historia Natural, funciones que interrumpió en 1881, para incorporarse en carácter de botánico y representante de la Universidad a la expedición antártica ítalo--argentina que se hizo bajo la dirección del capitán Bove.

De regreso al país, ocupó un cargo en la Oficina Química Municipal de Buenos Aires y fué nombrado a la vez profesor de Botánica de la Universidad.

En 1885, se radicó en esta ciudad; se le nombra profesor de Química e Historia Natural del Colegio Nacional, cargos que desempeñó por espacio de 15 años.

En 1887, ingresó al personal del entonces Instituto Agronómico de Santa Catalina, desempeñando el cargo de profesor de Patología Vegetal, y, al trasladarse dicho Instituto a esta Capital para convertirlo en lo que fuera la Facultad de Agronomía y Veterinaria, el Dr. Spegazzini, es nombrado Director General de Estudios y profesor de Botánica, Zoología y Nosología Vegetal en la que permanece hasta 1899. Durante este lapso de tiempo realizó innumerables excursiones de estudios y otros tantos trabajos; formó parte de la Oficina Química Agrícola de la Provincia y desempeñó varias e importantes comisiones encomendadas por el Congreso y el Gobierno Nacional.

Ha sido consejero y Vice-Decano de nuestra Facultad, y, durante un pequeño período Decano interino de la misma.

En 1891, se refiere, salvó a la Facultad de un desastre; el Gobierno de entonces apremiado por la situación económica de la Provincia, elevó a la Legislatura un pliego proponiendo la clausura de la Facultad. El doctor Spegazzini, con otro benemérito de la Facultad, el Dr. Bernier, se instaló por así decirlo en la Legislatura y con su prestigio y método persuasivo, logró convencer a los legisladores del enorme error que implicaba sancionar una ley semejante, siendo por fortuna retirado el proyecto.

En 1899 ingresó como Jefe de la Sección Botánica del Ministerio de Agricultura de la Nación, puesto que desempeñó hasta su retiro.

En 1906 vuelve a la Universidad de La Plata, y permanece en la misma con carácter de profesor de Botánica y Nosología Vegetal hasta su jubilación.

Las huellas que ha dejado, tanto en la enseñanza como en los puestos que ha ocupado, son profundas y lo revelan a la par que un verdadero hombre de ciencia, un laborioso infatigable.

Su producción científica es notable, y, si la cantidad puede dar idea de su valor, les diré que llegan a 109 obras principales, entre las que no cuento proyectos e informes, que ellos solos harían honor a cualquier profesional.

En la cátedra es donde se destaca el Dr. Spegazzini como un profesor eximio; su método es sencillo, su exposición es clara, precisa y penetrante — conjunto que revelaba no solamente un dominio absoluto de las materias que enseñó — sino un conocimiento profundo del país, del ambiente y de las cosas. Fué, como he dicho, un profesor por excelencia y tan entusiasta de nuestra carrera, que, siendo profesor, no tuvo inconveniente en someterse a las violencias de un examen para obtener el diploma de Ingeniero Agrónomo.

Para nosotros constituyó una biblioteca viviente y un gran libro de consulta: a él recurriamos *todos* cuando una situación o una duda profesio-

nal nos apremiaba. Para todos tenía siempre un consejo oportuno cuando no nos resolvía totalmente el asunto que le presentábamos y lo hacía en una forma tan completa, que realmente nos confundía. La « generosidad » científica fué una de las características que más distinguieron al sabio maestro; y si yo refiriera algunos sugestivos episodios que recuerdo, demostraría que ella era ilimitada.

Su decisión testamentaria donando al Estado la propiedad donde nacieran sus hijos y su valiosa colección científica que representa una labor que se aproxima a medio siglo, no puedo dejar de recordarla a pesar de mi deseo de ser breve.

Por lo demás el país tiene mucho que agradecer al Dr. Spegazzini y esto no sólo por la obra científica que ha realizado bajo múltiples aspectos, sino por hechos positivos.

Si fuéramos a buscarle parangón, no lo encontraremos sino en muy contados hombres eminentes de la ciencia y enseñanza del mundo, y si lo hiciéramos entre los del país, tendríamos que señalarlo entre los más destacados, y, dentro de éstos, entre los que echaron los cimientos de lo que hoy podemos llamar ciencia argentina.

No murió como Molière agotado de fatiga... , porque como he dicho era infatigable, perdió su espíritu al seguir al fruto más preciado de su obra, a su hija Carolina Etile, que encarnara en vida las virtudes más exquisitas de su eximia personalidad, y al dar otro ejemplo en su mudo dolor, reveló una vez más su temple, su espíritu y su carácter.

La Facultad de Agronomía le debe el recuerdo más imperecedero y al intentar cumplirlo con esta modesta placa, que evidencia entre otras cosas su gratitud, revela que no lo olvida.

Discurso del consejero académico Prof. JUAN B. MARCHIONATTO

La Facultad de Agronomía, desde la muerte del Dr. Carlos Spegazzini, tenía una deuda sagrada y esa deuda era de llevar a cabo un homenaje a su memoria. Hoy, segundo aniversario de su fallecimiento, la cumplimos reverentes y colocamos en su tumba esta placa de bronce, como recuerdo imperecedero de su brillante actuación.

Hermosas páginas se han escrito ya, sobre la personalidad del reputado sabio y muchas otras se escribirán a medida que el tiempo transecurra y su figura adquiera su perfiles verdaderos. Es que es tan compleja, tan enorme su labor, que una sola persona necesitaría poseer condiciones excepcionales para poderla analizar.

Yo, cumpliendo el mandato del H. Consejo Académico, rememoraré algunos rasgos que caracterizan a esta vida ejemplar y al hacerlo os anticipo que ellos, no son más que un pálido reflejo de la realidad.

Spegazzini llegó a nuestras playas en la postrimería del año 1879, muy joven, tenía veintiún años, y sin embargo contaba en su haber, una larga exploración al Archipiélago de la Malasia, bajo la dirección del botánico Beccari y había publicado en *Michelia* y en la *Revue Mycologique* importantes trabajos, aleccionado por su maestro e insigne micólogo Saccardo.

Descendiente de una antigua familia italiana (nació en Bairo en 1858) estaba destinado por sus mayores a seguir la carrera militar, muy en boga, en esa época, entre las gentes de alcurnia. Pero, su alma inquieta, se reveló contra la tradición, abandonó las armas, y dando libre cauce a sus inclinaciones naturales se largó al mundo, cargando bajo el brazo su carpeta de herborizador.

En la República Argentina los estudios botánicos estaban, entonces, en embrión; apenas habían salido a luz algunos trabajos sobre sus plantas vasculares y casi nada se sabía del grupo de las talófitas, y especialmente del mundo maravilloso de los hongos. Spegazzini encontró así un campo fértil, inexplorado y mano a la obra, como nadie, supo aprovechar la riqueza de este material.

Sus primeras recolecciones de plantas las hizo en los suburbios de la Capital Federal y al mismo tiempo preparaba sus exsiccatas de hongos, para darlos a conocer en el extranjero; en el Instituto de Botánica y Farmacología, de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, se guardan con orgullo estas reliquias.

En 1881 se incorpora a la expedición Bove, que a bordo de la corbeta Cabo de Hornos salía para explorar las regiones fueguinas. La embarcación naufraga frente a las costas de Tierra del Fuego y el intrépido botánico se salva milagrosamente. Vive en contacto con los onas largos meses de infortunio que aprovecha para estudiar sus costumbres y sobre todo su dialecto, que alcanza a comprender, hasta permitirle hacer, más tarde, disquisiciones lingüísticas de singular valor.

Como resultado de esta excursión accidentada, Spegazzini reúne un magnífico herbario, que en parte completa con diversas donaciones, y en pocos años nos dá a conocer sobre la flora patagónica, contribuciones de tanta importancia, que lo consagran como autor principal, a pesar de los múltiples trabajos que realizaron, después, otros botánicos, sobre la misma región.

Y al viaje de la Patagonia le suceden un sinnúmero más; la región del Monte, la pradera Pampeana, la sabana y bosques Subtropicales de nuestro país, fueron recorridos por el denodado naturalista, en su totalidad. Tarea ímproba, gigantesca, cuyos testigos se elevan a cien mil especímenes, que existen hoy depositados en herbarios oficiales y particulares, y

que le han servido de material en doscientas publicaciones originales, que lo ponen a la cabeza de los botánicos fanerogámicos de la Argentina y entre los grandes micólogos del Universo.

Es que su capacidad de trabajo era extraordinaria (medio siglo suman en total!), no interrumpidos después de su retiro de la enseñanza y por lo contrario intensificados, ya que dispuso más tiempo para la investigación. Producto de este nuevo período (1913-1926) son sus Contribuciones a la Micología Chilena, Revisión de las Laboulbeniales Argentinas, Enfermedades y Hongos que afectan a los « agrios » del Paraguay, Fungi Paraguayenses, Acacias Argentinas, Nuevas notas cactalógicas, Observaciones y Adiciones a la Micología Argentina y la Revista Argentina de Botánica, para no citar otras publicaciones, de su fecunda mentalidad.

Una labor tan inmensa necesariamente debía repercutir en el extranjero y de aquí la vinculación constante que mantuvo Spegazzini con los sabios y especialistas de diversas partes del orbe. Las instituciones científicas de la República Argentina y las de sus países limítrofes, se disputaban sus colaboraciones y él respondió, pródigamente, a tantas exigencias — el 90 % de sus trabajos se ha publicado en los anales de la Sociedad Científica Argentina, del Museo de Historia Natural de Buenos Aires y del Museo Nacional de Montevideo, en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, en las revistas de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de La Plata, de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales (« Physis ») y en la Revista Chilena de Historia Natural —; más aún Spegazzini políglota consumado, observador profundo y trabajador insuperable, tenía otras virtudes, que en la humanidad la poseen, únicamente, los espíritus privilegiados.

Ved lo que dice el más ilustre de sus panegiristas, sobre su método de trabajo... « Las descripciones de Spegazzini son *descripciones completas* el botánico coloca delante de sí su material y lo describe pasando de la raíz al tallo, del tallo a la hoja, a la flor, al fruto, a la semilla, apuntando, podría decirse servilmente y con toda humildad, todos los caracteres que sus espléndidos ojos de naturalista le permiten distinguir; y va registrando las particularidades de forma, de consistencia, de color, de indumento sin olvidar jamás las dimensiones — largo y ancho —; el resultado es un retrato de cuerpo entero y no uno de esos croquis donde a pretexto de concisión, tantos autores, hasta entre los contemporáneos más afamados, eligen a su antojo los caracteres dignos de mencionarse y en los cuales en vano se buscará mañana tal particularidad que nuevos estudios demostraron importante. Muchas veces trabajando en determinaciones, experimenté, al tener que consultar una descripción de Spegazzini, después de muchas otras, una verdadera satisfacción, la del viajero cansado que en-

cuentra un terreno sólido y seguro, después de chapotear mucho tiempo en pantanos o arenas movedizas ».

Oíd como se expresa un estudiante, del curso extraordinario de Patología Vegetal del año 1919, sobre su capacidad docente... «Da el doctor Spegazzini la verdadera impresión de un maestro enseñando a la juventud, sus expresiones gráficas, aplicando el término científico, matemático, y salpicado de ejemplos prácticos o con una visión filosófica superior confirma este aserto; hasta con su palabra espontánea, generosa, con una profusión tal de conceptos, una riqueza tan grande de ideas, una visión tan amplia de horizontes, que infunde entusiasmo, que contagia anhelos de investigar y experimentar.

« Y es porque une al dominio absoluto de la materia que enseña un modo personal, original de enseñar, por el que logra mantener en tensión tal a sus alumnos que nadie divaga, nadie se distrae, explicando hasta los conceptos más amplios con una concisión casi matemática de vocablos verdaderamente magistral, a pesar que hay momentos de su disertación que es más lo que sugiere que lo que dice ».

Y si la botánica argentina y la enseñanza superior tuvo en Spegazzini uno de sus exponentes conspicuos, no son menos interesantes sus contribuciones en el campo de las ciencias aplicadas a la agricultura. La determinación específica de los fitoparásitos de nuestros cultivos económicos, el empleo de muchas gramíneas silvestres como forrajes, la utilización industrial de ciertos árboles indígenas, el conocimiento de las propiedades tóxicas y medicinales de un gran número de plantas de nuestra flora espontánea, fueron señaladas por este sabio. Es que Spegazzini tenía un sentido práctico admirable y gracias a ello pudo conquistar una posición económica que le permitió desarrollar, sin tropiezos, sus vocaciones.

¿Y qué decir, ahora, de la sencillez y modestia de este varón, que alcanzara los títulos más altos que puede aspirar el género humano? Cuando llegabas a su casa os recibía paternalmente y sin preguntaros *quién eras*, presto estaba para ayudaros a salir de la incertidumbre, llegando su generosidad hasta ofreceros, con todo desprendimiento, el material original que guardaba como un tesoro. Por eso, Spegazzini, antes y después de su alejamiento de las actividades oficiales, fué el centro de atracción de una falange de discípulos y admiradores que siguieron sus pasos con veneración.

Pero un día aciago, la parca inexorable, que otras veces habíase ensañado con los suyos, le arrebató su hija mayor en plena vida y « esta terrible catástrofe alteró su energía y su salud » — son sus palabras —; apenas pasado el año de este suceso luctuoso, cuando el bálsamo del tiem-

po parecía haber cicatrizado las heridas, todo su ser se estremeció de dolor... la muerte, con la velocidad del rayo, completaba su destrucción.

.....

En nuestra Facultad la efígie del maestro, inaugurada hace un lustro en fiesta memorable, es perenne incentivo para las generaciones que pasan por sus aulas.

